

del Imperio disuelto en Sedán, que el comercio de México había aumentado de veintiuno á setenta y cinco millones de francos, con Francia únicamente, podía decirse que estaba realizando el pensamiento económico que resolvió la aventura. Esto es más claro ahora que las grandes potencias industriales viven nerviosamente agitadas por el ansia de buscar nuevos mercados para su industrialismo desbordante.

Los franceses no venían á crear industrias en la tierra invadida, sino á fomentar las de su patria. La corriente se encarrila, y muy pronto las clases ampliamente consumidoras se dejan ganar por el ejemplo; la vida alcanza entonces refinamientos desconocidos, se adquiere el gusto por la mercancía de primera clase y son resueltamente desechados los imperfectos productos que la tarea industrial había hasta entonces entregado á la demanda.

Ni aun pretendiéndolo, por otra parte, habrían logrado los invasores alentar las industrias nacionales; la lucha había llamado á todas las puertas, y las armas de la paz, el instrumento y la máquina, fueron reemplazadas por las de la guerra. Se salió de esta situación por el Imperio; pero el Imperio estaba condenado á desaparecer, no sólo frente la violencia de la opinión, sino á causa de un factor decisivo: la bancarrota del Erario público. Fué un gobierno de vaguedades, de indecisiones, enfermo de la voluntad, perseguidor de ideales, de redenciones, de grandes obras nunca realizadas. Cuando el presupuesto presentó un déficit de *veintisiete millones* de pesos sobre un total de ingresos calculado en *veintidós millones*, pudo rigorosamente afirmarse que el Imperio estaba hundido.

Se hundió, en efecto, carcomido por las mismas dolencias que afligieron á las pasadas administraciones: los gastos exagerados, los negocios ruinosos, las leyes fiscales anti-económicas, impregnadas esta vez de un brillante exotismo. En menos de cinco años aparece una suma de desembolsos de \$ 110.764.917; la deuda contraída por el Archiduque se elevó á \$ 250.195.073, los réditos anuales á quince millones (Manuel Payno).

Ante la agudísima anemia hacendaria, se desarrollaba un lujoso programa administrativo: grandes mejoras materiales, caminos de hierro, colonización, reformas en la instrucción pública, todo un sólido edificio alzado sobre un terreno deleznable. Le faltaba la liebre á este guisado y el sabroso manjar quedó en proyecto.

No se debía olvidar la industria; incluida estaba en el lucido inventario. Era preciso fortalecerla, darla alientos, hacer de ella un manantial de riquezas. Y prosiguió el ensueño.

La *Memoria de Fomento*, de D. Luis Robles Pezuela, correspondiente al año de 1865, resuelve en el papel los más graves problemas industriales. Como elementos de este jubiloso programa se requerían capitales y crédito, y como resultados, tranquilidad pública y garantías. Y pues ninguna de estas condiciones se cumplía, bordábase vistosamente en el vacío.

¿Impulsar á los grupos trabajadores de la Nación? ¿Pero si no era otra la mariposa tras la que corría el inquieto príncipe de la barba de oro!

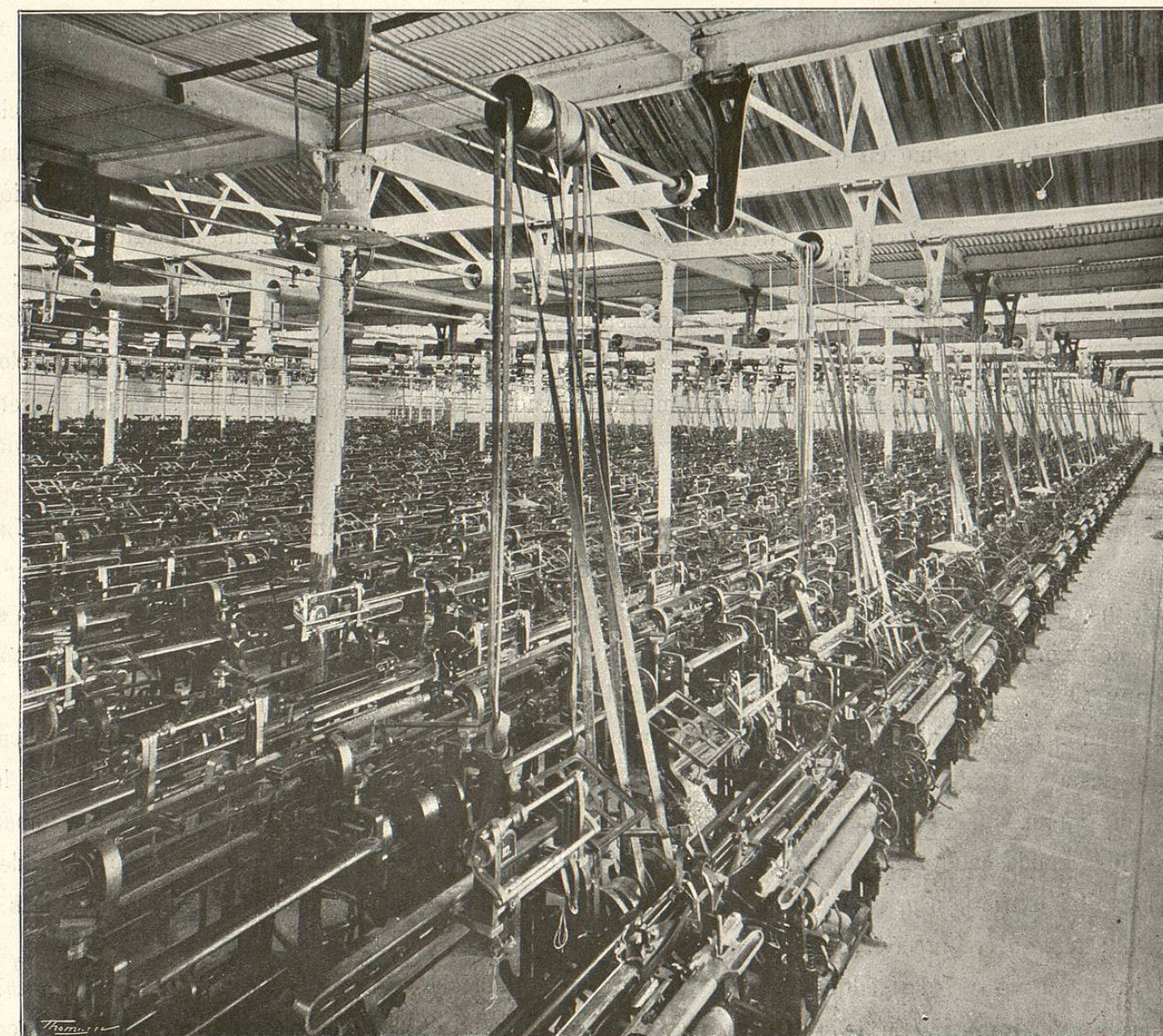
Léase el «Reglamento» de la «Junta protectora de las clases menesterosas»; es revelador este documento: había que proteger á los grupos obreros contra las vejaciones ejercidas por los patronos. Y el «Reglamento» los protege á un grado tal que los priva de libertad y los estrangula concienzudamente. Era preciso prestar apoyo á los empresarios contra el espíritu rapaz y la atonía de los braceros. El «Reglamento» los ampara hasta dejarlos con toda conciencia maniatados. Un sabio mexicano, de gran altura intelectual y sólidamente ilustrado, D. Francisco Pimentel, ha hecho la crítica del «Reglamento» que explica y resume aquel criterio administrativo.

¿Pero no, no era un solo criterio, un núcleo de ideas eslabonadas!; era una diversidad de criterios contradictorios, que se substituían los unos á los otros, conforme soplab el viento que los traía ó los arrebatava. Y al capricho de estos soplos viéronse sometidas todas las fuerzas económicas.

Así, apenas decretado un impuesto á las manufacturas de algodón, lana y lino, una representación de los fabricantes suspende el gravamen, que, era de suponerse, no se había acordado sino después de una convicción arraigada. Y por estas causas el Imperio no llegó nunca á ser proteccionista ó libre-cambista, impulsador ó extorsionador de la industria, como en política no fué tampoco liberal ó conservador: por falta de programa, de disciplina, de pensamiento, de brújula.

La guerra continuaba substrayendo brazos á la labor y mercados á la producción. Seguía también arrebatando recursos al erario. A mediados de 1866 las aduanas de Matamoros, Tabasco y La Paz se hallaban en poder de las fuerzas de la República; las de Tuxpam, Guaymas, Mazatlán, Tampico y Acapulco eran improductivas, por encontrarse esos puertos bloqueados por los liberales; ardía el país entero, y entre las rojas llamaradas se perfilaba ya la silueta del patíbulo de Querétaro, el desenlace de aquel ensueño formado de rayos de luna y salpicaduras de sangre.

La Invasión Americana y la Intervención Francesa han ejercido notable influencia en la labor nacio-



Industrias modernas. — Salón de tejidos (1.000 telares) de la gran fábrica de Metepec

nal, muy especialmente en la de la industria. La Invasión puso en contacto á nuestras clases populares con grupos preparados ya á la función de la máquina.

Esa influencia del ejemplo, muy marcada en los actuales momentos, fué la primera lección práctica de industrialismo que debían aprovechar hombres hasta entonces consagrados á una labor defectuosa, que la falta de competencia no había hecho necesario mejorar progresivamente.

La Intervención completó la enseñanza. Fué, como hemos dicho, una revelación para aquella sociedad encerrada en los límites de una vida estrecha, mal atendida por una producción tosca y defectuosa. Francia era en aquellos tiempos una de las naciones más avanzadas en el campo de la industria (la gran expansión manufacturera americana siguió, bien lo sabemos, á la guerra separatista); las mercancías que tras las bayonetas francesas penetraban en el país, trazaron otras direcciones á las exigencias nacionales, y cuando las cuatro tablas, forradas de terciopelo, con que se construyó un trono vinieron abajo, habíase operado una enorme transformación económica; ensanchadas las aspiraciones, activada la demanda, dejábase sentir una apremiante necesidad de procurarse las fuerzas indispensables á la realización de los nuevos

anhelos. ¿Podía la triunfante República adueñarse de esas fuerzas? Era el problema que tenía enfrente el gobierno que surgió de nuestra segunda Independencia.

A fines de 1867, el admirable presidente Juárez daba á conocer el programa económico-financiero que debía servir de basamento al desarrollo de la reconstituida República: «El Gobierno ha otorgado la protección y las concesiones posibles á empresas que pueden ser de grande utilidad para el comercio, la industria y los demás ramos de la administración. Además de dictar las disposiciones oportunas para regularizar la administración de la hacienda pública y para liquidar y reconocer los créditos legítimos, se han procurado todas las economías compatibles con el buen servicio y se ha observado como regla invariable no dar lugar al antiguo sistema de negocios, que ha sido la causa más eficaz del descrédito y de la ruina del erario.» (Mensaje del C. presidente Benito Juárez al Congreso de la Unión, Diciembre de 1867.)

Escrito estaba que, en tanto que no se modificaran las premisas, no llegarían á cambiarse las conclusiones del terrible silogismo en que estaba circunscrita la evolución nacional. Sobre todas las aspiraciones y sobre todos los anhelos continuó flotando la sombra del problema hacendario, siniestro, sin apelación, inalterable. Don Matías Romero, con su franqueza característica, expone sencillamente los datos en su nutrida Memoria de 1870: en 1868-69, el *déficit* teórico ascendía á 7.899.000 sobre 15.931.000 de ingresos; la muerte sorprendió al Benemérito cuando la administración que presidía iba á entrar en la peligrosa pendiente que llevaba al abismo. Como heraldos de la tormenta se hacían sentir preludios de nuevos anhelos, esbozos de vagas esperanzas, ráfagas de una inmensa necesidad, sin nombre preciso, sin fórmula concreta: era el deseo de afirmar en hechos positivos para todos los grupos sociales la realización de una felicidad que no llegaba nunca.

Después de cincuenta años de conmociones estériles, los grupos constitutivos de la nación reclamaban algo más sólido que palabras elocuentes y promesas frustráneas. La retórica había acabado por enfermar á los espíritus de incurable pesimismo; la frase tradicional: *No tenemos remedio*, parecía condenar al país á su doloroso destino. Como comentario de cada nueva desdicha se repetía invariablemente á los ciudadanos: «Sois muy ricos,» y la miseria seguía rondando á las puertas de todos los hogares.

La República había vivido solitaria, herméticamente cerrada. ¿Era un camino? Lo creían así los hombres que hasta entonces tuvieron en sus manos la dirección de las fuerzas económicas. Más allá de los límites que marcaban la finalidad de la patria, sólo existían la agresión y el despojo. ¿En dónde estaban, empero, los grandes motores de la industria? Los capitales extranjeros esperaban garantías, solidaridades. Pero el capital extranjero era un expoliador de nuestra riqueza. Lo decían oradores y poetas, políticos y publicistas; forzoso era creerlos.

El balance aparecía desolador. La gran industria arraigada, la más seria, después de la minería, la preferida, seguía inmóvil. En 1876 (Cuadros estadísticos insertos en las «Lecciones Elementales de Economía política,» de G. Prieto) existían en el país *cuarenta y siete* fábricas de hilados y tejidos de algodón; es decir, diez menos que en 1843. El número de piezas lanzadas al consumo nacional seguía siendo de *setecientas mil*; los husos en actividad, 119.278 (en 1843, lo hemos visto, eran 125.362); jornales \$ 24.000 semanarios; en 1843, \$ 27.000. Era el resultado de la política de aislamiento, de la nacional, de la patriótica, según lo proclamaban los grupos directores.

Y como el rumor de un mar agitado, se escuchaba el eco de un gran clamor nacional dejando oír las estrofas de su larga, irremediable y dolorosa tragedia.

CAPÍTULO V

SITUACIÓN Y PORVENIR DE LA INDUSTRIA MEXICANA

LA RIQUEZA EN FUNCIÓN DEL TIEMPO. ELEMENTOS FAVORABLES Á LA EVOLUCIÓN INDUSTRIAL:
LOS FERROCARRILES; LA NUEVA EDUCACIÓN,
GESTIÓN ADMINISTRATIVA; LA HACIENDA PÚBLICA; LA BAJA DE LA PLATA.
SITUACIÓN DE LA INDUSTRIA MEXICANA. PORVENIR DE LA INDUSTRIA NACIONAL. CONCLUSIONES

EN cuatrocientos años, la agrupación mexicana ha andado el camino de más de veinte siglos, recorrido por las rudimentarias agregaciones europeas para llegar al período industrial moderno.

A través de las grandes corrientes de la evolución económica nacional, se descubren todavía vitales problemas por resolver: el de la raza indígena, que permanece en su vieja actitud hierática, impenetrable y muda, aislada, por el hábito y por la abulia, del desenvolvimiento general; el de la alimentación, enlazado con ingentes necesidades agrícolas, el regadío y el perfeccionamiento de los cultivos; pero las fuerzas impulsoras, unificadas ya, engranadas, marcan una etapa de progreso en las condiciones de nuestra dinámica social.

Para alcanzar los resultados que señala este libro en su diversidad de manifestaciones, ha sido indispensable una ruda lucha contra los impedimentos físicos, una prolongada serie de rectificaciones y de enmiendas, que han dado como final ineludible la adaptación de los elementos naturales á la vida nacional completa y homogénea. En la tarea, la solución de un conflicto ha traído consigo las soluciones de otros, y al despejar una incógnita se ha descubierto la posibilidad de encontrar el valor de las que aún restaban.

La evolución nacional en este postrer período de la historia de México, es una consecuencia ineludible de todos los esfuerzos realizados en pro de la solidaridad expansiva de intereses: abolición del impenetrable aislamiento patrio; facilidades creadas en el aparato distribuidor económico.

Precisa examinar el enlace y dirección de los hechos.

La industria y los ferrocarriles.—La industria prima de las industrias nacionales, actualmente desenvueltas, ha sido la ferrocarrilera.

Al abrirse las vías de comunicación, se rectificaron las leyes del medio, se desterraron los tradicionales estorbos á la expansión y al consumo. Ya había un lazo de unión y de solidaridad en la invariable sucesión de comarcas aisladas. La producción encontró derroteros que seguir, mercados que abastecer. En torno del foco de labor no se extendía ya el desierto, no se alzaba ya el despojo: el trabajo nacional había roto sus cadenas; el primer obstáculo, la extensión territorial, había sido eliminado.

Cierto, la obra ferrocarrilera ha reclamado sacrificios rudos; la configuración del suelo acrecienta los gastos de construcción y los de explotación; se han unido los extremos de líneas que se prolongan solitariamente á través de porciones inhabitadas de tierra, y el último consumidor es el que soporta necesariamente estos gastos. La naturaleza nos protege contra la competencia industrial extranjera, pero al mismo tiempo nos impide, cualquiera que sea el progreso de nuestras industrias propias, con excepción de la minería y de la elaboración de materias de fácil producción (el tabaco, actualmente, el henequén, sin duda más tarde, entre otras), que acudamos al extranjero á tomar parte en la competencia. El producto nacional lleva en su precio el recargo impuesto por la naturaleza.

La minería es también otra industria prima; de este tronco se esparcen profusamente los ramajes de las metalúrgicas, que sí han transpuesto el horizonte de la demanda interior y á las que el ferrocarril ha favorecido por extraordinario modo. Hacia la frontera Norte de la República, á inmediaciones de los ca-